

Carlos Morales Abarzúa



1917-1988

Carlos Morales Abarzúa murió en la Ciudad de México el 2 de octubre de 1988. Tres días después se votó en Chile el *referendum*, NO a la dictadura, abriendo el largo proceso de transición a la democracia.

Fue expulsado de su país en 1975 bajo la figura de cambiar cárcel por exilio, siendo su pasaporte marcado con una L que sellaba su destierro. Estuvo preso en Dawson, Melosas, Ritoque, Tres Álamos, y vivió exiliado en Caracas y en México. Se graduó de abogado por la Universidad de Chile. Especialista en propiedad industrial, ejerció su profesión en ese campo. Fue dirigente sindical y militante socialdemócrata. Fundador de la Central Única de Trabajadores, representando a los empleados del Estado.

Me acuerdo de los domingos en la cárcel pública, era la mañana que dedicaba a su hija: íbamos a la reunión con militantes y/o sindicalistas presos. Me daban té, se discutían las defensas y proyectos, Clotario Blest era el líder (a veces encarcelado otras clandestino en los pueblos); después a las librerías, podía comprar lo que se me ocurriera. Recuerdo una colección de cuentos de hadas en el mismo paquete de Cándido. Siempre me dejó elegir. Después de comer se iba a las carreras de caballos, pasión que abandonó en México, supongo por las distancias.

Lector de marxismo, uno de sus libros aún lo conservo, se inclinó por la revisión socialdemócrata; la paulatina mejora de las condiciones de vida de los trabajadores; la negociación; el límite a la voracidad capitalista con instituciones reguladoras y un sistema de impuestos, y el control estatal sobre los recursos estratégicos.

Militó en el Partido Radical que encamó, desde su fundación en el siglo XIX, la aspiración igualitaria. Miraba con reservas a la Unión Soviética y desaprobó, por lo menos en las discusiones familiares, los procesos de Moscú. Creo que así comenzamos los menores a politizamos y a aprender historia.

Los suyos eran los valores que en ese Chile se identificaban orgullosamente con la clase media, los profesionales, obreros calificados, medianos empresarios, comerciantes, que aspiraban a que su nivel de vida alcanzara a todos los chilenos. No obstante estas convicciones viajó a Cuba en julio de 1959, pocos meses después que los guerrilleros de Castro y el Ché tomaron el poder. Mantuvo relaciones con sus camaradas en Latinoamérica y en Europa.

A principios de 1973, la ofensiva empresarial financiada por el gobierno de Richard Nixon apretaba la supervivencia de la Unidad Popular (UP). Carlos organizó un encuentro en Santiago, presidido por Billy Brandt, para dar una cobertura socialdemócrata al gobierno de Salvador Allende, acusado en el contexto de la Guerra Fría de ser cabeza de playa de la Unión Soviética.

En 1957 salió electo diputado por Santiago y perteneció al poder legislativo hasta que la dictadura suprimió al Congreso. Su partido político osciló entre la izquierda y la derecha. Carlos pertenecía a una fracción llamada "guatemaltecos", en una identificación ideológica con el régimen derrocado por el gobierno estadounidense y la United Fruit Company. Su posición estuvo siempre en la búsqueda de acuerdos con los partidos de izquierda parlamentarios: el Socialista y el Comunista.

Es electo presidente de su partido, creo que en 1969, y se aboca a integrar la coalición de la UP. Participa en la negociación del Programa y en las internas que finalmente elegirán como candidato a Salvador Allende, quien triunfaría en septiembre de 1970. En estos años (¡tantos!) me han contado anécdotas de su asesoría y cuidado a los jóvenes y furiosos militantes que participaban en las negociaciones por los cargos después de las elecciones. Para cada uno de ellos, ya pactados por un Programa, los lugares de trabajo, los ministerios, etcétera, eran la posibilidad de empujar o trabar el Programa, de ahí la intensidad.

El día del golpe de Estado, el primer 11 de septiembre, Carlos fue conminado por un bando a presentarse en la Escuela Militar. Por la radio se escuchaba la lista de personas requeridas. Le hablé por teléfono pidiéndole que no se presentara, que se clandestinizara, se asilara. Me dijo que la dirección de la UP estaba evaluando y que él nunca actuó fuera de la ley y no tenía por qué ocultarse. Colgamos y entendí la profunda diferencia generacional e ideológica. El ataque a La Moneda y la muerte de Allende puso todo en claro. Aunque tarde para los que se presentaron en la Escuela Militar: socialistas, radicales, comunistas, cristianos de izquierda. Los llevaron prisioneros a una isla más allá del estrecho de Magallanes. Alguna vez mi padre me contó que ahí, entre las olas enormes, vio delfines. Nunca regresó a su casa.

El exilio fue un periodo de reorganización, de establecer contactos con el país, de forjar una alianza amplia en la medida en que Augusto Pinochet atacaba cada vez a más sectores, una vez que destruyó al movimiento popular, y de construir un frente internacional de repudio a la dictadura. Podría decir que buscó ser feliz: los nuevos amigos, la particularidad de las culturas de sus países de adopción, nadar grandes distancias en el mar, sus nietos, y claro, siempre la política. Comía pozole, carnitas y mole con tortillas de harina, a las dos en punto. Como profesor de la FCPyS, adscrito al Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), al que honró con su presencia y pensamiento, Carlos Morales escribió *La Internacional Socialista. América Latina y el Caribe*. La Universidad fue su continente. Conocer alumnos con su historia/geografía fue habitar otro México.

Un recuerdo: en 1986, en diciembre, la embajada chilena en Washington había conseguido un permiso de entrada a Chile al Dr. Zalaquet, impedido de entrar a su país por su participación en organizaciones de derechos humanos. Le conté a mi padre y lo convencí de pedir el permiso, analizando que los diplomáticos chilenos, hasta por vergüenza, insistían en gestionar que un chileno exiliado fuera autorizado para viajar a su país por un mes. Pedimos la cita por teléfono y caminábamos por Massachusetts Avenue un martes de invierno, desde la calle que estábamos a punto de cruzar se veía ondear la bandera. De repente se detuvo, le reclamé que me moría de frío, contestó preguntando si la librería que me gustaba tanto estaría abierta a esa hora (Kramer). Bastante desconcertada le respondí que probablemente sí... Me dijo: "vamos a tomar un café, champagne, cualquier cosa. No voy a pedir ningún permiso, no les voy a pedir nada, nunca a estos conchas de su madre".

Miriam Morales*
Octubre de 2005

* Abogada. Maestra en Ciencias Políticas.